

# La fragilidad y la fortaleza

Eduardo Lalo

Galería Francisco Oller  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras

1 de febrero – 22 de febrero de 1991

La mirada sin horror  
Reflexiones acerca de los cuadros de Eduardo Lalo

Juan Horta

Salmo

Siempre pienso que en alguna ocasión futura  
un instante como éste será redimido  
Recordaría la dureza de los tiempos y sabría  
que valió la pena que aun así y ahora dejé  
algo a los hombres y mi esfuerzo por  
resistir hasta mañana  
se convertiría en algo más que  
aguantar con la única piel que poseo

Pero me tomo demasiado en serio  
queriendo incluir en mi vida  
todas las historias hasta  
las que como el perdón o la plenitud  
me serán concedidas acaso  
en una o dos ocasiones

Sé no obstante que todas  
me forman que  
con ellas me digo  
y con el recuerdo o la esperanza  
de su llegada infrecuente  
construyo la voluntad con que  
vivo este instante

Eduardo Lalo

1.

Existe una distancia entre el anhelo y el ahora, entre lo que pudo ser  
y lo que es, entre mañana y aquí.

Cuánto más fácil es sacar del ropero el manto del arrepentimiento  
y la esperanza y vestirse con él.

Cuánto más fácil es tener fe en la posibilidad de ser "mejor".

Me vienen a la mente frases como:

—Lo que hubiese hecho sabiendo lo que sé ahora...

Y también:

—Lo que haré, ahora que conozco....

La sabiduría de los arrepentidos y esperanzados no sirve de nada  
a quienes intentan acercarse al momento presente. A estos últimos incluso,  
les es necesario "desaprender". Si se ven obligados a usar la palabra  
"sabiduría" hablarán de volverse "ignorantes". El "desaprender" es recobrar  
la inocencia para ser un principio, un comenzar.

La sabiduría cuando llega, llega siempre tarde.

Más difícil es deshacerse del anhelo y confrontarse en el momento  
—pararse de frente a uno mismo sin los prejuicios de lo "aprendido" y  
verse, con todo y nuestra memoria selectiva y nuestros sueños natimueertos.

Debo decir, *obligarse* a verse.

La idea de que podemos ser mejores de lo que somos es heredada  
y somos hábiles en su manejo. Tan adeptos somos a esto que hasta nos  
parece innato el separar las cosas con palabras como "mejor" y "peor",  
"bonito" y "feo", "alegre" y "triste".

La dificultad está precisamente en poner a un lado la visión  
idealizada, la "mejor", y ver que la de ahora, la de este momento, no es ni  
"mejor" ni "peor", sino que sencillamente es.

Los cuadros de Eduardo Lalo no son fáciles de ver.

Y su dificultad consiste en que sus figuras no encierran un  
"potencial", un "poder ser" —sino que ya son, están siendo.

Al mirar un cuadro de Lalo entran en confrontación la mente que  
desea y el mundo que frustra —se comienza ahí a vislumbrar el absurdo.

2.

A veces vamos entendiendo las cosas no tanto por lo que son, sino  
por lo que no son.

Miro al "Perro de Giacometti" cuando me sorprende otra imagen,  
relacionada por su diferencia.

En un cuento de Franz Kafka los directores de un circo han  
sustituido al "artista del hambre". Este acaba de morir pero hacía años que  
su espectáculo no atraía público. La antigua jaula del "artista del hambre"  
ahora la ocupa una joven pantera que ha pasado a ser la pieza central de la  
*menagerie*.

Su musculatura voluptuosa, la sensualidad en el movimiento de



sus hombros, sus feroces dientes, el asombro que inspira cuando su quijada cae sobre un pedazo de carne cruda —todo esto atrae al público que se codea para acercarse a ver al magnífico animal.

En realidad se dan de codos en su intento de verse a sí mismos. La pantera es un autorretrato. Un autorretrato pintado con anhelo y esperanza, la imagen viva de lo que quisieran ser pero no son.

La pantera es invencible, inagotable, en fin, su energía es eterna e inmortal. Acaba Kafka su cuento escribiendo: "Se arremolinaban frente a la jaula y no hubieran querido alejarse jamás".

En cambio existe la pintura de Lalo de un perro lánguido, que pasa caminando quien sabe a donde, sin fuerza para sostener la cabeza que le pesa a todo lo largo de su cuello, sin casi fuerza para mantener cerrada su mandíbula.

Sus costillas son tan evidentes como su mortalidad.

Recuerdo leer en un *National Geographic* un artículo sobre los leones. Siempre me han atraído y por la misma razón que le atraía al público del circo la pantera del cuento de Kafka.

Las fotos de la revista eran comunes y corrientes: leones en el apogeo de su eterna madurez junto a los cachorros juguetones.

Sólo había una foto que destruyó mi imagen de que los leones, como los viejos soldados del refrán, no mueren sino que simplemente se desvanecen.

La foto era de una leona al acecho. Perseguía una zebra que, asediada por el peligro, recurría a defenderse con las patas traseras.

Debajo, el calce explicaba que la leona sufrió una fractura de la quijada. Dos o tres semanas después de haber tomado la fotografía los investigadores se tropezaron con la misma leona, que sin poder comer, yacía moribunda.

Ahora al mirar el "Perro de Giacometti" pienso en esta leona y entiendo que su voluptuosidad era superficial.

Escondida tras esa máscara feroz está el mismo agarre tenue sobre la existencia que se deja ver de inmediato en el "Perro de Giacometti".

Veo los leones, las panteras de Kafka, de un modo ya distinto. Miro esa leona al acecho —la sigo viendo, es imposible no ver la máscara— pero, dentro de ella, veo al perro de Giacometti.

### 3.

Los cuadros de Lalo nos ofrecen la posibilidad de mirarnos sin horror. De vernos tal y como somos —tal vez como algo menos de lo que hubiéramos querido ser, de lo que anhelamos ser algún día.

La insatisfacción ante lo que parece ser nuestra propia insuficiencia nos puede paralizar. El abismo que existe entre lo que quisiéramos ser y lo que somos nos puede congelar de miedo justo en el momento en que se requiere hacer, en el momento de comenzar a ser.

Hay quienes caminan por la vida obsesionados con los resultados. Piensan en satisfacer una ambición futura. Mientras tanto desvalorizan todos los momentos hasta conseguir su meta. La vida les es una larga y enorme preparación. ¿Para qué? Supongo que para entonces comenzar.

Aun en las mejores circunstancias su vida siempre ha estado en otro lugar, en el llegar, y no en el ir, en el estar. En las peores circunstancias

su vida es un huir de cada instante, espantados por la imagen de su propia insuficiencia.

La peor derrota está en la espera.

Cuadros como "Jack, el bebedor", "En las puertas del cielo", "Alberto", "Carta a Théo van Gogh", "Hombre sentado", "Hombre sentado en la silla de la paciencia", me impresionan por la inmovilidad, la parálisis, de las figuras. Están esperando que pase algo, pero no lo van a provocar. Siguen en espera.

Aquí, pienso al mirarlos, se ha pospuesto el vivir el momento presente. La derrota los ha derrotado. Y es que un ser puede vivir la derrota sin estar derrotado.

Me llama mucho la atención la mirada hueca del hombre en "En las puertas del cielo". Tiene los ojos abiertos pero no mira hacia mí, esta mirando hacia adentro. Piensa en un lugar demasiado lejano, un lugar imaginario donde él es mejor de lo que es aquí. Piensa en su utopía privada. Utopía: U-negativo, topos-lugar; es decir, un lugar que no existe. Me parece que se ha percatado de que el camino es largo y que no va a llegar. Esta verdad lo ha atontado. Su viaje no tendrá comienzo.

Entre la derrota de la espera y el descanso hay una pequeña y peligrosa distancia. En la figura de Vincent van Gogh, en "Carta a Théo van Gogh", descubro esa pequeña rendija.

El manto negro que rodea la cabeza de la figura establece un contraste con la obra "Noche estrellada" del propio van Gogh. De tal modo puedo ver la pintura de Lalo como una "Noche sin estrellas", una noche en que el intento de pintar ese mar de estrellas fracasó.

Aquí, a diferencia de la figura de "En las puertas del cielo", ha habido un intento. El viaje se emprendió, aun si no llegó.

Hay que saber cómo y cuándo recuperar fuerzas para comenzar de nuevo. De las figuras "en espera", es la de Vincent la que vive la derrota sin entregar el juego.

Aún en la ansiedad de su propia insuficiencia logra mantener cierta tranquilidad. Si ha pospuesto el momento, es porque quizás se ha dado cuenta de que por hoy, no hay más nada que hacer. Mejor descansar.

Pienso en esto al mirar a Vincent.

### 4.

Un hombre esta caminando por la ciudad construyendo puentes entre el anhelo y el ahora.

"La técnica consistía en citarse vagamente en un barrio a cierta hora. Les gustaba desafiar el peligro de no encontrarse."

"Andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos."

El juego de Horacio Oliveira y la Maga no tiene por regla que jugarse a dos. Uno solo basta. Un solo "Hombre caminando en la ciudad" puede, si le gusta, jugar a desafiar el peligro de no encontrarse.

Se camina caminando, sin brújula ni mapa. Los nombres de las calles, los rasgos arquitectónicos de los edificios, no sirven de nada a quien



camina sin buscarse para encontrarse.

El trasfondo, la ciudad, es incluso intercambiable casi de manera infinita. Puede ser cualquier ciudad en cualquier tiempo. Una línea blanca vagamente indica la presencia de algún barrio de alguna ciudad que por lo demás ha pasado a ser una enorme mancha gris.

El encuentro consigo mismo es inevitable para el que camina. Es un encuentro tan sencillo como vital. No lleva pretensiones de tropezar con grandes pensamientos que desenreden la maraña de la historia e indiquen los próximos pasos a seguir.

Un cuerpo se descubre a través de su propio movimiento. Así las piernas se hacen y se saben piernas y los brazos y los pulmones... Es tan solo esto, o tan mucho como esto.

## 5.

Lo absurdo no es lo ilógico que nos pueda parecer la existencia, lo poco que parece ajustarse a nuestros deseos. Sino que lo absurdo somos nosotros pensando que la vida puede, incluso debe, someterse a nuestros deseos.

En los peores momentos de la vida, en esos que nos parece imposible dar un paso más sin tropezar de manera mortal, necesitamos más nuestro arrepentimiento, necesitamos la absolución.

En otros, igualmente fuertes, nos entregamos de lleno a la esperanza.

La esperanza y el arrepentimiento son nuestros últimos recursos. Escasea en esos momentos, el sencillamente dar las gracias, el aceptar el propio destino.

Y no hablo de una aceptación pasiva — pudiera ser eso una mera resignación — sino un fuerte abrazar, un amor incondicional por esta vida, la que es.

No estoy pretendiendo que derrotemos el anhelo. No pretendo que borremos por completo la versión "mejor" — eso me parece una tarea imposible.

El valor estriba en el intento de acercarse al momento presente, de poseerse en él. El fracaso no yace en el proceso, sino en el deseo de obtener cualquier resultado. El peor de los fracasos yace en no comenzar, en la espera.

## 6.

Una voz.

Tengo frente a mí el cuadro "La fragilidad y la fortaleza". Aún no veo nada, o debo decir, veo sólo la oscuridad del fondo chorreado. La figura aún no la veo, pero escucho su voz.

Su sonido es constante, sin altos ni bajos demasiado obvios, como el zumbido de un abejón volando en el mismo lugar. Sale de la oscuridad, o tal vez, rompe la oscuridad. Sí, rompe la oscuridad.

Me recuerda el sonido de la campana de un barco escondido en una neblina negra y densa.

No produce un sonido como el de las palabras. Me parece anterior a ellas, es un sonido primordial.

Mientras escucho su voz, comienza a surgir la figura como una especie de sombra blanca que cobra realidad, forzando el contraste con el fondo negro.

Y sólo ahora, ya al ver la figura, entiendo lo que ha venido diciendo su voz. Ha venido ofreciéndome su testimonio, el más sencillo, el único que puede, el de su presencia física.

Un cuerpo.

Esto es lo que somos. Que nos parezca poco o mucho depende de quiénes somos.

Desde el anhelo nos parecerá poquísimo.

Me vienen a la mente frases como:

—Las cosas que quería hacer y no hice. Tanto tiempo perdido...

Y también:

—Tantas cosas por hacer aún y tan poco tiempo para hacerlas...

En el momento presente está la eternidad. Todo lo que he sido, todo lo que he de ser, existe ahora en este cuerpo, en este momento.

"Soy el último hombre sobre la tierra", dijo Henry Miller. Así quiso vivir, como el último hombre y como el primero.

El mundo comienza con mi cuerpo, y cesa con él.

Toda la vida solamente en este cuerpo.

**Eduardo Lalo:** (1960) Pintor y escritor puertorriqueño. Realizó estudios en Columbia University, La Sorbona y L'Ecole de Dessin de la Ville de Paris. Su libro *En el Burger King de la Calle San Francisco* fue publicado por Ediciones Astrolabio. La presente muestra es su sexta exposición individual. Es profesor de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.